

AÑO XXII.—NÚM. 6327

14 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 14 de Julio de 1882.

## ECOS DE MADRID.

—o—

13 de Julio de 1882

¿Qué aguacero el del sábado!

—¿Pero qué es esto, no hay este  
verano?—Ojalá fuera cierto: me ahorra-  
unos miles de reales.

—Aun en Madrid, ¿marques?

—¿Quien se pone en camino con  
este tiempo...?Ya tenía hecho los mundos, pero  
en ropa de verano... No es cosa de  
ir a San Sebastian y tener que man-  
dar encender la chimenea!—En vez de salir a buscar los ba-  
ños, son ellos los que vienen á bus-  
carnos.—Para qué ir á tomar agua? Con  
la que ha caído hoy tenemos bas-  
tante, y se ahorra uno el viaje, la  
falta y las propinas.

—Estamos en plena liquidación!

—Los madrileños no se contentan

ya con que les anticipen los usure-  
ros sus haberes y rentas; también  
parece que han querido anticiparse  
el Otoño.

—Y hace un frío espantoso!

—Ahorro en helados!

—Con el chaparrón y la gente que  
ocurre el baño va á quedarse Ma-  
drid limpio de polvo y paja.Las anteriores frases y otras no  
menos pintorescas, inspiró á los ale-  
gres vecinos de Madrid el terrible  
aguacero con que nos obsequiarop  
las nubes.Hemos podido hacernos la ilusión  
de que respiráramos las frescas bri-  
zas del Océano.Pero después... después ha vuelto  
el calor, se ha ido la Corte, se han  
cerrado las Cámaras, se han dis-  
minuido los ministros, y ahora si que  
podemos decir:

—¡Estamos frescos!

Falta hacia el regalo de las nu-  
bras. El fuego ardía en las venas... Qué  
de horrores!Una tabernera de la calle de Bo-  
nafillo, se encontró frente á frente  
de un par de mozos crudos.

Los dos comenzaron á insultarla.

¿Creen los lectores que se amila-  
nó? Por supuesto! ¿Qué hace? Coge  
un garrote y palo á este, y palo á  
aquel, rompió á uno de ellos la ca-  
beza.Poco antes tenía lugar una escena  
sanguinaria en un ventorro de las  
afueras de Madrid.Allí vivían un hombre y una mu-  
jer, según unos esposos, según otros,  
amantes. Los dos reñían á menudo y  
el día de la catástrofe, llegó él algo  
debido.Las versiones más autorizadas re-  
fieren que á poco de estar juntos rean-  
daron la interrumpida y cotidiana  
plea.El hombre cogió una vara y co-  
menzó á pegar á la muger: ésta se  
apoderó de un cuchillo y se lo clavó  
al hombre en el vientre, dejándolo  
cadáver.—¿Que es lo que he hecho, Dios  
mío? cuentan que decía entre sollo-  
zos cuando se presentó la guardia  
civil en el teatro del crimen.—¡Una hombrada! pudieron con-  
testarle.Por desgracia la muger se hom-  
brea mas y mas cada día.Una joven decentemente vestida,  
de veinticuatro á veinticinco años,  
y por añadidura muy bella, llegó al  
pretil del campo del Moro y se arro-  
jó, quedando muerta.Al pronto no pudo ser identifica-  
da su persona. Después se ha con-  
tado una historia vulgar, pero siem-  
pre muy triste. Aquella mañana se  
había celebrado una boda y había  
muerto una dulce y legítima espe-  
ranza.Por la tarde salieron los recién  
casados en el expreso del Norte; y ca-  
si al mismo tiempo se arrojaba á los  
brazos de la muerte la pobre joven  
abandonada.Oh! pero la escena terrible, es la  
que acaeció en la calle de Malasa-  
ña.

Las heroínas eran dos traperas.

No las he visto, pero me las figu-  
ro. Viejas ya, mal vestidas, enjutas,  
musculosas, bandadas á fuerza de  
copas de aguardiente, harapientas,  
desgredadas, conaturalizadas ya  
con la basura y tan sucias de cuer-  
po como de alma.Esas pobres mugeres que viven  
de arrastrarse por el suelo, que es-  
tan en contacto con todas las in-  
mundicias del vecindario, aunque  
parecen humildes, son la soberbia  
encarnada en la misericordia.¿No han de creerse superiores si  
solo ven el mundo por lo que tiene  
de más abyecto?Apenas adquiere una traperera la  
parroquia, como ellas dicen, de una  
calle, ya se cree dueña de ella. Todo  
lo que arrojan las casis es suyo; el  
trozo de papel, el mendrugo de pan,  
el hueso pelado, el enredijo de caba-  
llos, el retazo de tela... todo le per-  
tence. Reina y señora de aquellos  
restos de la vida humana, no puede  
tolerar que alguna otra traspase las  
fronteras de su territorio. Ni el tigre  
mira como ella á las intrusas, defien-  
de sus dominios como el chacal su  
madriguera. Ayl de la que se atreve  
á suplantarle Celos, envidia, codicia  
crueldad, todas estas pasiones esta-  
llan en su pecho avivadas por el mico  
hol que circula en sus venas; y en-tonces sucede...! que sucedió la otra  
mañana.Dos traperas se disputaban el im-  
perio de la citada calle; hacia ya días  
que se miraban con malos ojos, que  
se insultaban... la lucha era inimi-  
cante.

Las dos teniendo por padrinos en

el provisto duelo á las espaldas

lanzando á los ganchos, se aga-

raron á brazo partido, por intuición

se lanzaron á los respectivos moños

una de ellas se quedó en la mano

con el de su compañera, que era pos-

tiso—oh! refinamiento de la coquete-

ria!—y al sentir el dolor que le pro-

ducía su rival arrancándole el suyo

que era natural cogió con los dien-

tes uno de los carrillos de la otra y

la sacó un pedazo.

Cuando las separaron la vencedo-

ra en la mano el moño de mentiriji-

llas, y entre sus dientes de hiena, el

pómulo de su enemiga. Una fué á la

cárcel, la otra á la casa de Socorro.

—Era de esperar! decía uno de los

que presenciaron el combate; no en

valde se llama esta, calle de Mala-

saña.

La celebridad persigue al perro

Paco hasta después de dieciséis. Dos

personas se disputan su posesión: el

que alberga en su casa durante la

enfermedad y una señora que costó

los gastos, de su cura dicen los pe-

ridícosos, pero yo creo que es más

exacto decir, de su muerte. ¡Y habrá

pléit!

Veán ustedes las ventajas de la

nueva contribución sobre los canes.

Si hubiera estado en práctica, habria

un documentito en toda regla que

acreditase la propiedad. Po que aho-

ra, gracias á la influencia que ha

o ejercido el pobre Paco, los perros se

han elevado á la categoría de perso-

nas y tienen su registro civil.

Compra uno un perro: tienen que

darle su contrato y su medalla, es

decir la del can. Se muere el animal

to certificación del veterinario al can-

to. Todo esto representa dinero y

sellos de recibos.

Ah! cuantas perradas van á hacer

con los perros sus amos cuando em-

piecen á cobrarse la tal contribución.

Los filles animados los colmarán

de caricias; pero ellos, nada...

—No le conozco, nada tengo que

ver con él dirán al cobrador.

¡Cuántos desengaños van á sufrir!

Algunos hasta se morirán de pena.

Pero otros en cambio... me temo

que algunas pantorrillas ingratas co-

rren peligro.

JULIO NOMBELA.

## ALEJANDRIA.

—e—

Alejandria, «ciudad de Alejandro  
Magno», fundada en el año 331 an-  
tes de Jesucristo, estuvo situada en  
la llanura que separaba el lago Me-rctis del mar Mediterráneo y delan-  
te de ella en la extremidad Noroeste  
de la isla de «Pharos» unida á tierra  
firme por el célebre muelle «Hepta-  
stadium» (donde se levanta hoy la  
ciudad moderna), aparecía la eleva-  
da torre, «faro», que se iluminaba  
durante la noche con luz clarísima,  
para servir de guía á los navegan-  
tes.Su construcción se hizo con arre-  
glo á planos del arquitecto Dinócra-  
tes, y ocupaba una superficie de tres  
miriámetros cuadrados; tenía dos  
grandes puertos formados por el  
«Heptastadium», sin contar el del  
Nilo, llamado «Kibotór», y otros dos  
más pequeños. En el barrio «Bru-  
chium», que era el aristocrático, sea-  
zaba el palacio de los Ptolomeos, el  
Museo, la grandiosa Biblioteca, el  
sépulcro de Alejandro, los mausoleos  
de varios reyes, el teatro y otros mo-  
numentales edificios.En el barrio «Emporium», que era  
el centro del comercio con el Asia,  
estaban los inmensos arsenales en  
cuyas gradas se construían aquellas  
veleras naves que más de una vez de-  
rrotaron á las armadas de Grecia y  
Roma. Más allá, en las cercanías de  
la ciudad se veían el histórico «Se-  
rapeum», último baluarte y refugio  
de la teogonía politeísta del paganis-  
mo, y la «Necrópolis», cuyas ruinas  
existen todavía. También había allí  
profundas cisternas abiertas en ro-  
ca viva á una profundidad de 83 me-  
tros, de las cuales por medios me-  
cánicos, hoy ignorados, se elevaba  
el agua potable para el consumo di-  
ario de la población.Muerto Alejandro Magno, los Pto-  
lomeos la declararon capital de  
Egipto con 300.000 habitantes li-  
bres y doble número de esclavos, y  
pudo rivalizar con Antioquia y Ro-  
ma. El año 29 de la era cristiana  
cayó en poder de Octavio el vence-  
dor de Cleopatra. Más tarde se su-  
blevó contra la dominación de Cara-  
calla, que hizo allí matanza horri-  
ble, y de Diocleciano, cuyos solda-  
dos devastaron y saquearon el «Bra-  
chium», incendiando sus preciosos  
monumentos.El año 389 fué consagrado el «Se-  
rapeum» en iglesia cristiana dedica-  
da á S. Arcadio.Los árabes á las órdenes de Am-  
r caudillo del califa Omar, entra-

ron en Alejandria el año 641. Qui-

s quemar la magnífica biblio-

ta esta ciudad y Amron se opu-

s conocer la opinion de Omar.

C o este, respondió: «Si espe-

li conformes con el Koran

s «si no lo están, son per-

n. beis destruirlos.» Así se

pei riquísima biblioteca.

L las de Oriente promovie-

ron s caído comercio y aument-

taron s prosperidad pero los ma-  
melucos y los osmanlis destruyeron